

«Esta acumulación de memoria humana constituye un tesoro de sentido. Haber atravesado un siglo lleno de inventos, esperanzas y horrores, y haber vivido plenamente esta aventura es lo que me da legitimidad. Porque tal vez he recibido de la vida una deuda de sentido, y hoy puedo permitirme pagarla con mi testimonio».

STÉPHANE HESSEL

En *En resumen... o casi* el agitador de conciencias Stéphane Hessel aborda de forma magistral los temas de la indignación y sus límites, la compasión, el amor, la admiración, la resiliencia, la reivindicación de la dignidad, la fuerza de las palabras, el compromiso político o la democracia para transmitir a las nuevas generaciones que es preciso luchar a diario por recuperar la dignidad y por construir las bases de un futuro común más justo y accesible para todos. Una obra reveladora y necesaria en la que la voz de Hessel se entremezcla con versos y confidencias, con opiniones y recuerdos que configuran la trayectoria intelectual y personal de un hombre bueno.

Stéphane Hessel

EN RESUMEN... O CASI

Stéphane Hessel

EN RESUMEN...
O CASI

«Una autobiografía intelectual, emotiva e inclasificable».

www.EdicionesB.com

de la degradación de las conciencias, entre el individualismo desenfrenado y la pérdida de ideales. Pero no es lo que yo viví.

Es indudable que, mientras el descubrimiento de la libertad triunfaba en Europa central y oriental, el liberalismo victorioso arrastraba, por desgracia, la economía financiera mundial en el sentido de la escuela de Chicago hacia una desregulación acelerada.

En 1993 se celebró en Viena la última conferencia de Naciones Unidas sobre los derechos humanos, con ocasión de la cual tuve el privilegio de presidir la delegación francesa. Allí fue donde los países del Sur afirmaron sin ambages ante los países del Norte su «derecho al desarrollo», que hasta entonces sólo era considerado por los países desarrollados, con Estados Unidos al frente, como una figura retórica. Pero en ese reconocimiento tuvo mucho que ver la toma de conciencia de lo que es un derecho, al aducir los países del Sur que los pactos de los países del Norte consideraban el derecho al trabajo, a la vivienda y a la salud como derechos universales y por tanto aplicables a todo el mundo. Fue el americano Jimmy Carter, que aquel año era presidente, quien aceptó que el derecho al desarrollo fuera considerado un derecho inalienable.

Fue una pequeña concesión en vista de la situación dramática del Sur, pero tuvo una importancia enorme, pues indicaba la voluntad de reconocer la interdepen-

dencia, la voluntad compartida de habitar este planeta en común. Además, la tendencia era más bien negativa, hacia menos consideración por los problemas del Sur, menos consideración por una economía social y regularizada. En todo caso, desde Río hasta Seattle se aprobaron unos textos (aunque algunos otros se rechazaron) cuyo espíritu era progresista, como la Agenda 21 adoptada en la Cumbre de la Tierra de Río en 1992 o el protocolo de Kioto en 1997. Cada vez el progreso ha parecido muy pequeño y el espíritu de los textos no siempre se ha respetado después. Pero el texto, el programa, está ahí. Ocurre un poco lo mismo con la Declaración Universal: tampoco se aplica, pero existe. Y hay gente en todas partes, ciudadanos, organizaciones no gubernamentales, que se remiten a ella y exigen que sea aplicada.

Después de eso vino la década que acaba de terminar. ¡Qué retroceso! Ese periodo de la década de 2000, que empezó con la elección confusa de Bush Junior y continuó con el fragor terrorífico del ataque a las torres gemelas de Nueva York, es deprimente. Tengo la sensación de que hemos sufrido terribles tonterías y culpas imperdonables acumuladas por la mayoría de los países más poderosos del planeta. Dejo de lado la paradoja de Europa, que ingenuamente se ha creído lo bastante fuerte como para ampliarse como lo ha hecho sin correr el riesgo de disolverse. Los americanos han teni-

Eugen Kogon: sin él ya no estaría aquí. Su papel, en un momento decisivo de mi existencia, fue de una valentía excepcional en el corazón mismo del campo de concentración más peligroso para los deportados: Buchenwald. Llegamos treinta y seis. Habíamos partido de París el 9 de agosto, quince días antes de la llegada de los aliados, creyendo que la guerra para los nazis ya estaba perdida. Mi compañero más próximo era Forrest Yeo-Thomas, un amigo de Winston Churchill, un «valiente entre los valientes» que se lanzó en paracaídas sobre Francia para colaborar en la evasión de Pierre Brossolette. Y como no lo consiguió y lo detuvieron, esperaba como yo en aquel Block 17 donde nos mantenían en espera a los treinta y seis. A la espera de la ejecución. No sabíamos que estábamos condenados a muerte. Cuando dieciséis de nosotros fueron ahorcados con un gancho de carnicero, a los demás no nos quedó otra esperanza que poner en práctica un plan de evasión. Salió bien gracias al contacto de Yeo-Thomas con Kogon, y solamente para tres de nosotros. Todos los demás fueron fusilados.

Kogon, un cristiano resistente al nazismo, estaba en el campo desde 1939 y había obtenido un puesto privilegiado al lado del doctor Ding-Schuler, médico jefe para el tifus en un lugar maldito donde las SS hacían experimentos letales con los deportados. Kogon le presentó una propuesta peligrosa: recibir a unos

oficiales aliados en el barracón donde yacían unos jóvenes franceses moribundos a causa del tifus y enviar los cadáveres de estos últimos al crematorio bajo el nombre de los oficiales aliados, que saldrían hacia otros campos con sus nuevos nombres. A cambio, Ding-Schuler, que sabía que la guerra estaba perdida, podría entregar unos certificados firmados por esos oficiales dando fe del favor que les había hecho. Las SS sólo quisieron aceptar dos, Kogon le hizo aceptar tres. El tercero fui yo. Al contar aquí por enésima vez esta historia todavía me tiembla la mano. Cada uno de los futuros muertos habría podido salvarse en mi lugar. De no ser por Kogon y también por Yeo-Thomas, que eligió a un francés además de dos ingleses, allí se acababa mi vida.

Eugen Kogon, inolvidable, aunque lo vi demasiado poco después de la guerra, tres veces solamente el año 1945, antes de irme a Nueva York. Pero por una coincidencia, como mi ángel de la guarda las produce a porrillo, fue su hijo, Michael Kogon, quien tradujo *Ó ma mémoire*, y luego *¡Indignaos!* y *¡Comprometeos!* También gracias a Michael obtuve en 2009 el premio Eugen-Kogon, de la fundación que lleva su nombre. La importancia de Kogon en la historiografía alemana es enorme. Además de los *Cuadernos de Fráncfort*, su revista cultural y política que tanta influencia tuvo durante mucho tiempo en todo el territorio de lengua

Así que nos damos cuenta de lo nebulosas que son estas palabras: ¿qué es el pueblo?, ¿qué es el poder?, ¿qué hace de un dirigente el mentor de su pueblo y no su amo?

Este tipo de dirigente existe, no lo dudemos. Los cristianos dicen: Dios existe, yo lo conozco. Yo no conozco a Dios, pero he conocido a Mendès France, a Mikhaïl Gorbachov, a Nelson Mandela. Y también al dalái lama y a Aung San Suu Kyi.

Sobre todo he tenido la suerte de trabajar con Franklin Delano Roosevelt. La Carta de Naciones Unidas, en la cual él puso todo su corazón, apoyándose en las cuatro libertades de la Carta del Atlántico, ese texto fundacional de la institución más ambiciosa de los últimos siglos, contiene la exposición de los valores fundamentales de la democracia. Empieza con estas palabras: «Nosotros los pueblos» y por primera vez en la edad contemporánea se centra en los derechos de la persona humana. Queda claro que el respeto y la promoción de esos derechos pueden y deben servir de programa a todos los Estados miembros de la nueva organización, que hoy son ciento noventa y tres, para convertirlos, en el pleno sentido de ese término ambicioso, en verdaderas democracias.

Pero ¿en qué «democracia»?

Identificar democracia y liberalismo político y económico es la trampa en la cual han caído los oc-

cidentales, poniendo todo el acento en su rechazo a las «democracias populares» que se desarrollaron en el Este. Las libertades, sí, naturalmente, hay que protegerlas, proclamarlas y preservarlas. Sobre todo esas famosas cuatro libertades del Atlántico sobre las cuales Roosevelt y Churchill se pusieron de acuerdo en pleno océano y en plena confrontación ideológica. *Freedom of expression, freedom of confession, freedom from fear, freedom from want**.

Es esta última sobre todo la que hace incompatible la verdadera democracia con la libertad económica sin regulación. Señalemos que esas cuatro libertades fueron recordadas en su preámbulo por los redactores de la Carta aprobada en San Francisco en junio de 1945, que empieza por «Nosotros los pueblos» y que definirá la democracia como el régimen que se impone.

Son los herederos de esos grandes principios los que hoy necesitan un nuevo «Momento San Francisco», pues han comprendido la orientación que hay que dar a la lucha nunca victoriosa, que siempre hay que emprender de nuevo, a fin de hacer que los más pobres salgan de la miseria y llevarlos allí donde se convierten en un *demos* tan consciente de sus deberes como de

* Libertad de expresión, libertad de confesión (¡igual a laicidad!), liberación del miedo, liberación de la miseria.

sus derechos. En otras palabras: el verdadero demócrata liberal debería concentrar sus esfuerzos en reducir la pobreza.

En el fondo la diferencia entre oligarquía y democracia no es simplemente entre «unos pocos» y «todos», sino entre «los pocos privilegiados» y «todos los desfavorecidos». Actuar para que los desfavorecidos se conviertan en un pueblo de bienestar: he aquí el esfuerzo que debería ser el de la democracia y que ya no lo es. Desde este punto de vista todas las críticas a las democracias populares son perfectamente válidas. Por eso hay que presentar el concepto de «democracia» como un programa.

Jamás los textos, cuando son válidos, son constataciones, sino que siempre son programas. La Declaración Universal de los Derechos Humanos es un programa. El demócrata convencido tiene un solo programa: dar a todos acceso a aquello a lo que todos deberían tener derecho en nombre de su igualdad en materia de libertad y derechos. En otras palabras: hacer un esfuerzo directamente encaminado a sacar a los desfavorecidos de su condición de desfavorecidos. Eso nos remite en cierta forma a Walter Benjamin, pues lo que Benjamin describe como el verdadero contenido de la historia es la historia de los marginados, los esclavos, y es la historia de la constancia de sus reivindicaciones.

La pregunta sobre la democracia y la naturaleza del régimen democrático hacia el cual queremos dirigirnos es primordial. Hay que preguntarse: «Pero, entonces, ¿qué es exactamente la democracia?». Los verdaderos demócratas son los dirigentes que ponen ante todo el acento en la necesidad de hacer que la mayoría acceda al más alto nivel de conocimientos, de escolarización, de salud, de vivienda. Ésos son los demócratas.

En una entrevista Peter Sloterdijk decía que el problema de la democracia es que las personas no desean ser iguales, desean ser preferidas. «La igualdad en la insignificancia no interesa a nadie. La democracia perfecta sería la que inventara el arte de preferir a todo el mundo». Es una definición divertida, y paradójica sólo en apariencia. Se trata de no conceder esa necesidad de privilegio a una minoría, sino de verla como una puerta abierta a todos.

Y la oligarquía ¿qué es exactamente? Es que los privilegios son naturales para algunos, los que ejercen el poder y tienen responsabilidades. Que, por tanto, también tengan privilegios está muy bien. Incluso es preciso que los tengan —pero no demasiados— para que el gobierno sea estable. Pero desde Aristóteles el programa de la democracia se realiza cuando el conjunto de una población accede por su formación a cierto grado de poder y progresivamente asume responsabilidades.

y al frenesí administrativo de la República para dedicarse a destruir las lenguas regionales, a combatir los particularismos locales y a reducir la diversidad cultural de este gran país a una colección de folclores regionales despreciados por la élite política y cultural de la capital. El multiculturalismo es una noción inventada por el poder político moderno para caracterizar el retorno de una diversidad que los Estados nación se habían dedicado a reducir, controlar e incluso destruir.

Actualmente asistimos a la misma dialéctica: una cultura mundial unificadora pero mutiladora frente a los particularismos locales que reivindican su originalidad, aunque sea tirando al bebé de la paz mundial con el agua del baño de la globalización. Y en medio, el discurso ambivalente sobre el multiculturalismo, que para MacDonald's significa que todas las culturas comerán un día la *junk food*, y para otros enfrenta a Asterix con Mickey Mouse.

Pero hay que mirar las cosas con más detenimiento. La cultura global no se resume en Disney y Coca-Cola. La música, con el rap, el raï, el jazz, el rock, etcétera, ya es una cultura universal. Ilustra bien, por otra parte, las relaciones mutuas en una gran simbiosis: el jazz, que es la música de los negros americanos, se desarrolló primero en las cavas de Saint Germain des Prés, para volver a irrigar la música americana en el rock'n'roll; también tenemos el ejemplo del viaje mundial de las

rítmicas africanas o la epopeya reciente de la llamada «música electrónica». Lo más interesante de la cultura es que hay varias, y que cada una puede a la vez beneficiarse de la otra, de la que no es la suya.

Lo que está pasando hoy en Europa a este respecto es digno de estudiarse. Europa es un enigma que hay que definir. ¿Es simplemente una geografía o es también un destino? Si es un destino, debe ser un destino cultural, porque Europa tiene la especialidad de disponer de una larga historia cultural. Entre Grecia, Roma, el cristianismo, la Edad Media, el Renacimiento, el Siglo de las Luces, los acontecimientos del siglo xx, es en Europa donde, a lo largo de la historia, ha podido haber una acumulación cultural en la diversidad. Porque si bien todos somos europeos, hay diferencias entre Grecia y Suecia, entre Alemania y España, y todo eso representa un mosaico cultural que tiene su propia riqueza.

En mi opinión, si nosotros europeos queremos desempeñar algún papel en el mundo, tendrá que ser en nombre de la yuxtaposición y la diversidad de las culturas que están presentes en nuestro suelo. El otro país que podría desempeñar ese papel no es ni China ni la India, es Estados Unidos, que fue poblado por los europeos después de haber eliminado salvajemente a los indios. Quizá sea por esa diversidad cultural que tienen en común por lo que la relación entre Europa y Estados Unidos es especial.